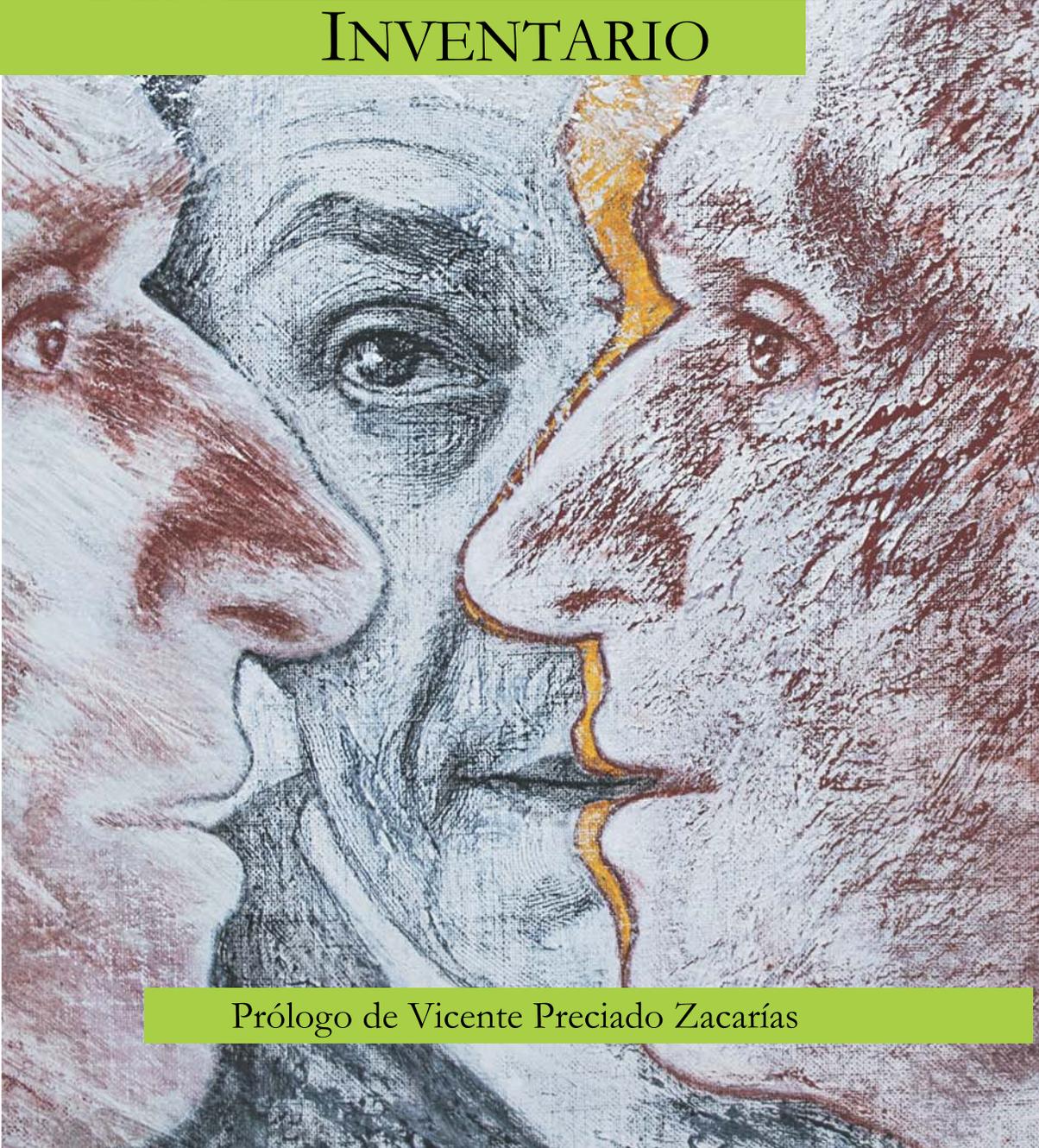




Juan José
Arreola

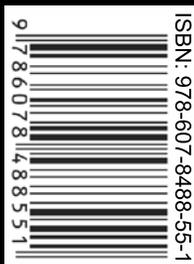
INVENTARIO



Prólogo de Vicente Preciado Zacarías

Inventario viene del latín *inventarium* y significa la relación ordenada de los bienes y demás cosas pertenecientes a una persona o entidad. Pero también alude al documento en que constan esas cosas. Antonio de Nebrija, nuestro primer gramático titulado, dice algo que me conviene: inventario es la lista de lo hallado. He aquí pues que yo me pongo a inventariar desde ahora los objetos de mi alma y los hallazgos propios y ajenos en mi natural confusión. Registro con igual sinceridad mis preocupaciones teológicas que los accidentes ciudadanos a que estoy sometido como miembro involuntario de una comunidad atónita y confusa: esta que puebla, con depresivo y magnífico desorden, la ciudad de México, vano artificio de Babel. Para escapar de una cárcel cerrada, gigantesca y laberíntica, abro de vez en cuando la puerta de marfil y doy rienda suelta a la más desenfrenada irrealidad. Esto es, me pongo a contar los sueños propios y los ajenos también, traduciéndolos a una lengua que no es la suya ni la mía. Esa que nadie puede entender. ¿Ustedes me entienden?

Juan José Arreola



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA




PUERTABIERTA
EDITORES

INVENTARIO

Juan José
Arreola

INVENTARIO

Prólogo de Vicente Preciado Zacarías

INVENTARIO
Primera edición: 2017

Coedición:
Puertabierta Editores, S.A. de C.V.
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones

© Juan José Arreola Zúñiga / Herederos de Juan José Arreola, por el contenido
D.R. © 1963, 2002, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.,
bajo el sello Joaquín Mortiz y posteriormente bajo el sello Diana
D.R. © 2017, Agencia de Derechos de América Latina-Grupo Planeta
© Vicente Preciado Zacarías, por el prólogo

D.R. © 2017, Puertabierta Editores, S.A. de C.V.
Ma. del Refugio Morales 583
Col. El Porvenir, C.P. 28019, Colima, Col.
www.puertabierta.com.mx
Con la autorización de los titulares de derechos de autor
y Editorial Planeta Mexicana para la adaptación de la obra.

D.R. © 2017 de la presente edición
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc
C.P. 06500, Ciudad de México
www.cultura.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición
son propiedad de Puertabierta Editores, S.A. de C.V.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el
tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por
escrito de los editores.

ISBN: 978-607-8488-55-1, Puertabierta Editores, S.A. de C.V.
ISBN: 978-607-745-676-6, Secretaría de Cultura

Impreso en México / *Printed in Mexico*



Prólogo

AL SEÑALAR EN LAS siguientes páginas el número de palabras que limitan la extensión de un texto, no se pretende fatigar al eventual lector de este Pórtico con recuentos aritméticos; se busca facilitar su encuentro con teorías señaladas por algunos investigadores cuando se trata de hallar una definición del relato breve como género literario. Señalan estos mismos autores que es difícil diferenciar en el llamado artículo de costumbre los cuatro géneros: el cuento, la crónica, el ensayo y la nota periodística, pues según Andrea Bell el *cuento breve* incluye el corto y el ultra corto; vale decir, hasta un límite de 1 000 palabras.

Muchos de los grandes autores de la literatura universal, fueron periodistas en la medida que sus libros más famosos se publicaron antes y por entregas en revistas y periódicos. Arreola no fue la excepción. *Inventario*, el libro que aquí y ahora nos convoca, reúne en sus páginas artículos periodísticos de carácter cultural que fueron publicados en el diario “El Sol de México”. El periodismo no es una teoría; es un ejercicio y Arreola lo practicaba con unción. *Inventario* es una muestra.

Distintos autores le dan diferentes denominaciones a estos artículos periodísticos: artículos breves (J. L. Martínez, 1971); reseñas, ensayos, biografías sintéticas (Borges, 1990); cápsulas culturales, etcétera. Arreola prefería a la densidad calificativa, la intensidad cualitativa. A sus colaboraciones periodísticas las llamaba: textos de breve medida sintáctica.

Arreola tenía egregios precedentes, modelos categóricos que él frecuentaba a partir de lecturas preferenciales que, en el caso de Ramón López Velarde, elevaba —hay que decirlo de una vez por todas— a místicos ludismos.

Dos prosas poéticas de López Velarde lo arrobaban por el misterio de sus imágenes, la perfección de su estructura y la economía verbal: “José de Arimatea” y “Eva” (*El minuterero*, 1923). A “José de Arimatea”, como texto, lo limita un total de 138 palabras.

¿Es casualidad que a “Profilaxis” (*Palindroma*), la prosa de breve medida sintáctica más amada por Arreola —aparte de “Pablo”— en toda su obra según su propia declaración, la limiten tan sólo 107 palabras? ¿Es casualidad que en los dos textos escuchemos alondrar la figura enigmática, sola o en pareja de la mujer como un ángel pero al revés? “Voy a morirme —decía Arreola— sin haber comprendido el misterio de ‘José de Arimatea’. Creo entenderlo sólo en una tercera parte; pero me conformo con esa proporción”.

“Eva”, de López Velarde, es una prosa poética que puede igualarse en el número de palabras que la limitan (208) a otra prosa de Arreola que gozaba de su preferencia: “Autri” (*Bestiario*), limitada a su vez por 239 palabras. La diferencia entre los dos textos (24 palabras) está redituada en los nombres de los días de la semana que “Autri” demanda como crónica. Relato calendárico, enigmático, acezante y angustioso que concluye en un final críptico, en donde el autor es fiel a su inconfundible estilo drólatico.

La inclinación de Arreola por el periodismo es, además de una preferencia, un ministerio. Una actuación. No olvidemos que Arreola, mucho antes que escritor, es actor de la Comedia Francesa. Actor de la palabra. Actor del conocimiento. El periódico como objeto era para él, un foro; y el periodismo, un escenario de actuación.

Tal vez por esta razón el último libro escrito al final de su vida: *Ramón López Velarde. Una lectura parcial de Juan José Arreola*, ha sido casi ignorado o cuando menos visto de reojo hasta por sus más arduos biógrafos. El texto es una postrer declaración de fe y lealtad al bardo jerezano y a esa parte de su obra que algunos estudiosos juzgaban “endeble y circunstancial [porque] descompone un poco la imagen puramente literaria que hemos querido conservar” de López Velarde: el periodismo político.

¿Cuál fue la razón por la cual Arreola aceptó acometer la empresa de escribir un libro sobre un tema —el periodismo político— colmado de apogeos, a propósito de dudas, perfiles de personajes desdibujados por el tiempo, liturgias sectarias y ménades transeúntes? Él mismo lo declara en su libro: “La prosa política felizmente prosaica del poeta lírico por excelencia de Zacatecas y de México, se ha vuelto uno de mis manjares preferidos por su malicia, su sal frecuentemente gruesa y su constante

energía para vivir esas horas [...] de las más sombrías, complicadas y dolorosas en la historia de México”.

En el ámbito internacional Arreola tenía depositado su aprecio por el periodismo a partir de un columnista del ABC madrileño: Julio Camba. Sus artículos, que no excedían las dos cuartillas, estaban trabajados por un fino e inteligente humorismo. El artículo periodístico, de 343 palabras “Sobre el comisionista de revoluciones”, gozaba, por parte de Arreola, del privilegio de la relectura pues era un texto gobernado por la eutrapelia.

Dos prosas de breve medida sintáctica en *Inventario* (págs. 15 y 128) están gobernadas por el mismo régimen. Estas prosas, cuarta y ciento doce en el orden de indexado, son un homenaje que Arreola rinde a un periodista galo, cuando dice: “Alphonse Allais, es el primer humorista francés en orden alfabético y genial”. Allais trabaja, como Arreola, la imagen de Dios a base de puro tacto, tacto verbal. Ramón Gómez de la Serna era otro columnista, creador de la “greguería”, pequeña fórmula aforística de humor lírico, que ocupaba palco numerado en el gran espectáculo del mundo. El mundo lectural de Arreola.

Conrado Nalé Roxlo, escritor y periodista argentino, era frecuentado por Arreola en sus lecturas por ser autor de breves pero ingeniosos textos donde imitaba el lenguaje y el estilo de famosos escritores. Cuando Arreola leía en voz alta esas caricaturas verbales (él las llamaba pastiches y a Nalé Roxlo, pastichero), entraba en una gozosa desgustación de ese lenguaje reinventado que lo llevaba a suspender su lectura por accesos de risa, tos y aerofagia...

Arreola era un urgente y atento lector de filosofía. De teología, también. En algún lugar de su mente erigió un altar de doble plinto donde ofrendaba a diario el mirto de su devoción al penate tutelar y simposiarca en la hora del convite: José Ortega y Gasset. La fidelidad filial que tenía por ese pensador, puede resumirse en sus propias palabras: “Ortega es el gran rumiante de la filosofía de los filósofos duros del norte de Alemania. Él nos la entrega predigerida en bolos alimenticios de fácil asimilación”.

Los ensayos filosóficos, de no más de tres páginas de extensión tipográfica, “Ciencia, orgía y alma”; “Las huellas del alma”; “Ensimismamiento y alteración” y la alegoría “Oknos el soguero”, eran su *ordo amoris*. Las crónicas “Nuestra Señora del harnero”, “En el bar Vasque” y el

ensayo “Soportales y lluvia” (499 palabras), eran del aprecio de Arreola como piedras preciosas engastadas en un joyel con el “escrúpulo de un diamantista”. Ortega y Gasset publicó la mayoría de sus ensayos en periódicos; entre ellos *El Sol* (1927) de la prensa madrileña.

Antes de abandonar el viejo continente, es hora de hacer la verdadera pregunta: ¿Cuál es el origen filosófico de la inclinación de Arreola —como lector y luego como escritor— hacia la miniatura verbal?

Otro filósofo que Arreola frecuentaba en su idioma original era el fenomenólogo francés Gaston Bachelard. En su libro *Le poétique de l'espace* hay un capítulo titulado “La miniatura” donde dice: “La miniatura es uno de los albergues de la naturaleza”. Y en otra página: “Estudiando algunos ejemplos vamos a demostrar que la miniatura literaria —es decir, el conjunto de las imágenes literarias que comentan las inversiones en la perspectiva de las grandezas— estimulan valores profundos”.

Pero el escritor arquetípico, el paráclito fehaciente, que Arreola había adoptado (Borges, también) como modelo de brevedad y genial dominio del lenguaje, era Marcel Schwob. Su pequeño libro *Vidas imaginarias* es un directorio manejado entitativamente en la medida que describe entes humanos existidos, pero aún existentes en la realidad de un lenguaje estricto por elocuente. Es reiterativo, pero hay que decirlo: cada una de las recreaciones de la vida de estos personajes del pasado no se extiende, en el libro en que se publican, más allá de dos páginas y media. Karel Capek, con sus breves recreaciones de pasajes bíblicos y míticos, era para Arreola un reemplazo de Schwob en sus lecturas, pero solo en caso de emergencia.

Las 208 prosas (reseñas, biografías sintéticas, ensayos,) escritas por Borges entre 1936 y 1939 para la revista “El hogar” y que por su periodicidad de publicación podrían considerarse *ab initio* como labor periodística, resultaban, tal vez, una lectura no exenta de fatigas para el lector de entonces. Arreola no las desconocía y por su brevedad sintáctica las catalogaba como cápsulas culturales (era el Borges prescindible). Pero no todo estaba depositado en un solo autor. Existían remotos precedentes en la medida que es el propio Arreola quien declara en el prólogo de *Lectura en voz alta* que su iniciación en los textos de breve medida sintáctica ocurre en la infancia con el manejo de libros de lectura escolar: *El mundo de los niños* (1924) de María Luisa Ross; e *Iris*, de

Atenógenes Pérez y Soto (1932). Los leyó entre los ocho y trece años de edad. Se los aprendió de memoria.

En el sentido no estrictamente periodístico, Arreola calificaba como la mejor prosa de la literatura mexicana “La balada de las hojas más altas” de Julio Torri. Las alegorías “Fantasías mexicanas” y “Vieja estampa”, del mismo autor, tenían para Juan José una alta apreciación como ejemplos de economía verbal. A la primera prosa la limitan sólo 105 palabras; a la segunda 142 palabras; a la tercera, 196 palabras incluyendo las del epígrafe.

“La cena” y “La caída”, cuento y ensayo respectivamente de Alfonso Reyes, en una entrevista realizada por Emmanuel Carballo (SEP, 1986) Arreola declaró a estas prosas como deslumbrantes. “La caída” ocupa sólo tres páginas de texto; más dos de fotos *in situ*. “La cena” ocupa seis páginas y media en el *corpus* total del libro (501 páginas) en que se publica.

Inventario es una forma de literatura sintética, doméstica, cotidiana, y seminal; seminal en el sentido de Paul Claudel en donde el árbol, la fronda, la dádiva del aroma, fruto y flor, están ya contenidos —miniaturizados— en esa cápsula vegetal que es la semilla. En *Inventario* hay una biblioteca condensada: condensación de ideas, biografías, libros, datos y datas. Labor que no siempre es grata para el lector de grandes revuelos porque se siente tratado —dice J. M. Pemán— como un niño al que se le ofrece un manjar de fácil deglución, que no está a la altura de su autoestima que lo hace sentir un *gourmet*, sin sospechar que su apreciación es parte de un círculo vicioso que se cierra cuando este lector, apresurado por los afanes de la vida diaria, termina por no leer el libro completo, que según él se merecía ni la condensación que el periódico le ofrece.

Tal vez aquí está la clave del porqué *Inventario* y otros libros como las prosas políticas de Velarde han estado ausentes los últimos años en las librerías comerciales y en los estantes de bibliotecas públicas y particulares. Busquemos en el fiel de la balanza (imagen grata a Juan José) el equilibrio de los platillos. Basta fijar nuestra mirada de lectores en la primera prosa de *Inventario*. Ésa que dice: “Ven porque estas letras que escribo canjean todo el mal por el bien si cumples a primera vista la más antigua de todas las promesas”. Y continúa diciendo “Soy el operario de la última hora en los flancos de tu viña. Ya no estaré solo en el lagar

ni pisaré en sueños las uvas de la ira. No mancharé el vino con el delirio ni el pan con la amargura”.

Eso es poesía del alto voltaje en un texto de apenas 300 palabras. Cuando el lector consume y consuma esta primera prosa de *Inventario*, siente que su alma se ha movido y que ahora ocupa una linde distinta a la que tenía al comienzo de la lectura. Según el propio autor: es el espíritu alojado en la palabra que canta la canción de la vida.

Otra prosa de *Inventario*, la número 14 en el orden de indexado, limitada por apenas 250 palabras, es una prosa de breve medida sintáctica en donde un aliento misterioso mueve las palabras acomodándolas, como piezas de ajedrez, en un orden canónico y bello.

Esta prosa es un misterio, pues a pesar de que al final del texto el autor se declara como sujeto emisor, los códigos de expresión del mensaje dentro de la botella nos mueven a preguntar: ¿Quién habla al interior del texto? ¿Quién es el ente que toma la palabra, la lleva más allá de su oficio lingüístico, del *signans* y *signatum* —según San Agustín—, y la hace voz para que el lector la escuche?

Los griegos llamaron *ekphrasis* a la capacidad de articular sonido, voz y habla a las cosas inanimadas. Homero la creó. Virgilio la recreó y Apolonio la glosó.

Emprendamos, sonrisa a mano, la lúdica labor de leer *Inventario*, esa alacena que guarda en frascos de cristal para compotas, las prosas de breve medida sintáctica que eran para Arreola un manjar; como para Claudel, una cosmografía asimilada en beneficio del vocabulario.

VPZ

A Benjamín Wong Castañeda
Estas páginas de Sol a Sol

JJA

VEN, PORQUE ESTAS letras que escribo canjean todo el mal por el bien si cumples a primera vista la más antigua de las promesas. Soy el operario de la última hora en los flancos de tu viña. Ya no estaré solo en el lagar ni pisaré en sueños las uvas de la ira. No mancharé el vino con el delirio ni el pan con la amargura.

Mi salud se acomoda a tus vertientes y no te haré salir del costado como una astilla de hueso. Vuelvo a ti, río de aguas arrepentidas que se lava en su manantial. Metal disuelto a su molde, moneda sin efigie, sin curso y sin ley, quiero que tú quintes y acuñes mi corazón de hombre falso.

Condenados por un error de la justicia que nos creyó divinos, hemos cumplido ya la sentencia y esperamos a las puertas de la cárcel de la mujer y de la cárcel del hombre. Al volver a casa, nos damos cuenta de que todo está igual. Nada se ha perdido en el paraíso. Seres familiares sonrían al vernos llegar y nos saludan según su género y su especie. Decimos a la semilla ábrete y florece. El antiguo dolmen nos acoge en el claro del bosque bajo la sombra druídica de la encina. Musgo y serpol adoptan nuestro sueño y el sésamo que también es alegría. Y como una pantera echada a nuestros pies, la noche. Ya no hay tiempo para ti y para mí, sólo sombra que nos envuelve o luz que nos desnuda resplandeciente. La felicidad nos encadena en oro, aceptada y perpetua como la mortaja que ciñe por los siglos de los siglos el abrazo de los faraones hermanos.

Ven a la creación del mundo con tu traje de novia de todos los días. Ven, porque todo es tan fácil como decir tu nombre. Ven porque el coro de las vírgenes prudentes responde con dádiva de cordura para las vírgenes locas. Ven porque el santo sale fiador del asesino. Ven porque ya nadie se atreve a lanzarnos la primera piedra.

Ven porque el óbolo del ángel equilibra los platos de la balanza. Y con el índice sobre sus labios como la aguja en el fiel, impone silencio a los acusadores. Mientras su mano izquierda desata ágilmente el nudo ciego de la justicia.

NOS SOY LECTOR de libros tremendos, pero a veces caigo en la tentación de comprarlos. Sobre todo cuando atañen a la historia trágica del espíritu y aparecen en ediciones muy serias (o que tienen la apariencia de serlo).

La existencia del *Malleus maleficarum* que ahora tengo a la vista en edición francesa, me fue revelada cuando corregía las pruebas de imprenta, y a veces la traducción, del *Incantesimo e magia*, de Arturo Castiglione, para el Fondo de Cultura Económica. Allí supe también que hay otro libro todavía más atroz: el *De heretico comburendo* que no me atrevo a fichar de memoria como salido de la pluma de Jean Gerson, hombre que tuvo y tiene fama de piadoso. ¿Cómo un hombre tal, o cualquiera otro que sea, pudo escribir un libro que puede llamarse en castellano *De la quemada de los herejes* o simplemente como quien dice: he aquí todas las razones que nos asisten para arrojar a la hoguera a quienes no piensan como nosotros?

Mucho más tarde, allá por los cincuentas, adquirí un ejemplar del *Manual del Inquisidor*, escrito por Bernard Gui, teólogo experto en manipulaciones y torturas morales y físicas. Antes, había soportado a duras penas el suplicio que me produjo la lectura de dos procesos inquisitoriales. Aquéllos que se emprendieron en la España del siglo dieciséis, contra el biblista Alonso Gudiel, el hebraísta Martín Martínez Cantalapiedra y el Maestro, a todas luces inocente, don Francisco Sánchez de las Brozas. Ése que la historia del humanismo universal conoce como el Broncense, para gloria de todos los estudiantes pacíficos... No pude acabar la lectura de todas las ignominias que se infligieron al sacerdote Grandier, ese personaje que dio pie a una novela de Aldous Huxley. Y como ustedes comprenden, me quedé a medio prólogo del *Gilles de Rais*, autorizado por Georges Bataille, simplemente porque estaba mucho más allá de mis fuerzas...

Ahora estoy frente al *Martillo de las Brujas*.

UN MUCHACHO ALTO, blondo, con alma de azur, fue educado en una excelente farmacia de París. Su tiempo corría entre las preocupaciones del oficio y la lectura incesante de *Las flores del mal*.

Ninguna palabra oída de cerca, ninguna imagen evocada, y hasta el más nimio incidente dejaban, Dios nos valga, de atraer a su cabeza uno o dos versos del divino Charles.

Así las cosas, una señora entró cierto día a la farmacia y le dijo:

—Mi marido y yo estamos poniendo el vino en botellas. Pero el fondo de la barrica está espantosamente turbio y le ruego que nos venda un filtro.

El joven boticario aprontó el papel filtro. Pero ya fuera poco resistente el material, o sea que la dama vertió bruscamente el líquido, lo cierto es que el filtro reventó. De nuevo en la farmacia, la señora preguntó al muchacho:

—¿No tiene usted un filtro más fuerte?

Súbitamente desencadenado por estas palabras, el joven baudelairiano exclamó:

—El filtro más fuerte no iguala tu malicia, conoces la caricia que desarma la muerte...

Justamente lastimada por tan intempestiva cuarteta (que estaba muy lejos de esperar o merecer), la dama en cuestión se fue a contar sin más ni más el incidente a su marido, que ni tardo ni perezoso administró al etéreo boticario una paliza de primer orden...

El texto anterior pertenece a Alphonse Allais, el primer humorista francés, por orden alfabético y genial. Lo he traducido así no más de buenas a primeras.

NO LO CREO, aunque lo estoy viendo. Acaban de obsequiarme con el último número de la revista *Posible* que se publica en Madrid. Y por lo que respecta a la libertad de prensa, las cosas han cambiado notoriamente en España. Leo cosas increíbles; críticas y censuras, comentarios sarcásticos, análisis profundos y ataques directos contra el régimen heredero.

Hay un reportaje magnífico acerca de los curas vascos en la cárcel. Otro acerca de la libertad fantasmal, cuyos límites no pueden precisarse nunca. Otro acerca del abandono del Sahara. Y uno más a propósito de una secta religiosa y disidente instalada en Sevilla por un obispo y una monja, ambos excomulgados ya pero cuyos partidarios crecen en torno a una supuesta y repetida aparición de la Virgen.

A juzgar por los textos publicados en *Posible*, España es un caldero hirviente, y los movimientos obreros ganan terreno en todas partes. Y la acusación es enérgica y continua: las cosas no pueden seguir así.

Algo va a pasar. Y pronto, según parece. El pueblo español, según la revista entera, está francamente dividido en dos grandes sectores que albergan, muy matizadas por cierto, las dos posiciones antagónicas a más no poder: los que quieren que las cosas sigan como antes y los que reclaman un cambio radical.

Por mi parte, apuesto a favor de todos los descontentos. Comenzando por el país vasco y siguiendo por Cataluña. No puedo detenerme en pormenores. Pero estoy escandalizado, felizmente. Porque creo que en España no habrá otro derramamiento de sangre. Sino que la causa justiciera, debidamente transformada conforme a las circunstancias actuales, va a abrirse paso mediante elecciones y plebiscitos. Porque ninguna autoridad tiránica podrá quedarse en el poder. ¿Está sonando por fin la hora de España? ¿La que presintieron Miguel Hernández, Vallejo y Neruda? Creo que sí, como reciente lector de la revista *Posible*.

NO HE VUELTO desde entonces, pero siempre estoy allí. Donde un pueblo lucha, trabaja y triunfa cantando. “¿Donde un soldado rojo rompe una frente parda?”

Yo no quiero que en ningún lugar del mundo los hombres rompan frentes por más pardas que sean. Lo que me gusta es que una frente ceda, combatida desde adentro. Y que sea ganada para que luche en favor de la nueva humanidad.

Pero la fiesta sigue y es la del pueblo. Esa ronda fraterna en la que todos debemos entrar. Porque si todos los hombres del mundo la mano se quisieran dar, un corro y una ronda y una fiesta alrededor del mundo podríase formar. Sobre la tierra y sobre el mar, si con carros y con barcas se formara un largo puente, el día en que muchachos marineros y muchachas labradoras la mano se quisieran dar. En una ronda infantil, resumen de toda nuestra caduca y adulta sabiduría.

Pienso en Cuba, en sus canciones y danzas revolucionarias porque estuve allí. Congregado en la canción y en la danza. Y canté y bailé al son de güiros y claves, maracas y tumbadoras...

Y luego viví la angustia. Jamás olvidaré mi despertar en aquel 17 de abril cuando creí en la madrugada que toda la isla de Cuba se había puesto a temblar. Pero no era un terremoto, como aquéllos de mi pueblo, ordenados por las leyes naturales. No. Se trataba simplemente del bombardeo que inició la famosa aunque ridícula invasión de Bahía de Cochinos. Nos tuvieron a la expectativa, es muy cierto. Aviones de propulsión a chorro sobrevolaban la Isla. Y entre cielo y mar, los portaviones y los barcos “destruyeros” nos cerraban el horizonte. Hubo un momento en que nos sentimos perdidos. Todos los que estábamos de visita.

Pero Cuba se salvó. Al son del son. Y los cubanos demostraron que son realmente revolucionarios. Esto es: hombres nuevos.

“VOY A METERME al disco y voy a matar al lobo para que no se coma al pajarito y al pato.” ¿Y cómo vas a meterte al disco? “Le hago una puerta y le disparo y lo tumbo.”

Todos los abuelos tontos contamos anécdotas de nietos inteligentes. En esta debilidad cayó incluso Víctor Hugo, a quien un español muy letrado admiraba diciendo: “Este Victorugo es genial.” Como todos ustedes recuerdan, el autor de *Los Miserables* y de *La Leyenda de los Siglos*, escribió también *El arte de ser abuelo*. Muy difícil de aprender, por cierto. Porque ¿Quién puede jactarse de enseñarle a un niño el oficio de hombre?

Ser padre es muy fácil y todos ustedes se saben la receta. Pero ser un buen abuelo es otra cosa...

Hoy llevé a José María, que tiene tres años y medio, por primera vez a mi seminario de creación literaria en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ya de vuelta, y oyendo una vez más *Pedro y el Lobo*, interrumpió la audición para meterse en el disco y matar a la bestia maligna, anticipándose al héroe.

No cuento el hecho que acaba de ocurrir en plan de abuelo. Simplemente planteo otra vez la pregunta de Balzac: ¿Por qué si los niños son tan inteligentes los hombres somos tan tontos?

Y me pregunto ahora yo mismo: ¿qué hacer para salvar la inteligencia de nuestros nietos? Sus padres, sus maestros y yo, volvemos a maleducarlos, para que limiten sus posibilidades de ser mejores, dentro del molde estrecho de una moral maniquea. Ésa que continuamente sostiene, para desgaste del ser, la lucha entre el bien y el mal. El juego engañoso de la luz y las tinieblas...

Pedro y Caperucita contra el Lobo, que dichosamente sale perdiendo... ¿No es hora ya de inventar otro cuento de abuelos?

AUNQUE POSEAMOS UN tablero de ocho casillas, encontrado por Sir Leonard Wooley en el tercer nivel de los escombros de Ur, aunque podamos ver a un león jugando contra una gacela en el papiro humorístico de la decimoctava dinastía egipcia (conservado en Turín), aunque se hable mucho de la India y de Persia, yo respondo cada vez que me preguntan: El ajedrez nació en España. Porque me refiero a lo que jugamos ahora todos sus ejercitantes. Desde los grandes maestros internacionales, hasta los simples aficionados, los empujadores de pedacitos de palo, tan bellamente labrados como yo. Porque aunque muy mal jugador, tengo buena madera de ajedrecista... Y libre espacio abierto a la imaginación y a la inventiva. Aunque todavía suelo recibir el Mate del Pastor con más frecuencia de aquella que quisiera, en plan de buen aficionado...

El ajedrez nació en la España musulmana del siglo IX, y fue el “Árabe desconocido de Granada” su primer codificador. Porque las piezas del ajedrez se mueven por orden jerárquico, como en la vida real, ya sea pacífica o guerrera. En primer lugar, está la real pareja: el rey y la reina, ya sean blancos o negros. En segundo las torres, que los apoyan con su fortaleza vertical. Luego vienen las argucias oblicuas de los alfiles, ya sean ministros religiosos o laicos, o simplemente payasos, unidas al esfuerzo saltarán de los caballos, que pasan diestramente de blanca a negra, o de negra a blanca... (Recuerden por favor que estamos hablando de un tablero compuesto de negras noches y de blancos días. O al revés, si ustedes lo prefieren.) Finalmente, venimos todos nosotros. El pueblo de los peones. La cuarta y última categoría, pero que puede y debe transformarse en la primera. ¿Quién no sueña, desde el principio de la partida, llevar un peón a la última línea y transformarlo en dama finalmente ganadora? (Este sería un buen fin de partida: llevar al triunfo humano un peón femenino en el tablero de la historia.)

A VECES PIENSO que nosotros vamos allá, de donde ellos vienen. Ya de vuelta. Del falso paraíso de la ciencia, de la técnica, la industria y el comercio. Llevados a la perfección mediante el artificio de la publicidad, para crear nuevos consumidores... Tantas veces de productos y manufacturas inútiles. Y lo mismo podría dirigir mis reflexiones a la farmacia, a las golosinas múltiples y a las invenciones mecánicas. Mineros o gambusinos superficiales, hemos olvidado la profundidad de la tierra, madre de gemas y de frutos.

Lo digo porque ahora me doy cuenta. Cuando reviso las conferencias dictadas en recintos universitarios. Allá cuando Julio González Tejeda era Jefe de Servicios Sociales, allá cuando por mil novecientos sesenta y tantos, me mandó decirles a los jóvenes de México que la Universidad es una buena forma de vida, pero no la única...

Y vuelvo al tema que me obsede. Debemos aplicar las manos de niños y de jóvenes otra vez a la tierra, para sembrarla y labrar las materias que encierra o que produce. Y quitarnos de la mente una obsesión. Ésa que nos lleva a obtener un título universitario por la mala o por la buena...

Pero más que de la mente de los niños y los jóvenes, debemos apartar la obsesión escolar de los padres de familia. No quiero, válgame Dios, que las aulas queden desiertas. Sencillamente, solicito más mujeres y más hombres productores de riqueza, para que disminuya el número parasitario de profesionistas que usan su título como una patente de corso en contra del pueblo miserable... Si aparezco en plan de idealista y romántico social, no me importa. Porque en el fondo, allá en mi trasfondo campesino, estoy apegado a la materia como al pecho de una madre. Y, buen descendiente de carpintero, creo que estoy hecho de buena madera... Mater, materia, madre y madera son la una y la misma cosa...

Pero volviendo a otra, repito lo mismo: necesitamos, ahora más que nunca, agricultores y artesanos.

SUCEDE QUE YA no puedo soportar la gloria equívoca que nosotros los de acá de este lado, hemos puesto sobre los hombros atléticos de Boris Leonidovich Pasternak. Aunque él siga soportándola después de muerto y ya sin amargura humana. Porque desde hace mucho pertenece para siempre al puro reino del espíritu.

Pasternak es uno de los grandes poetas de este siglo. Y esto debe ser dicho en todas las lenguas, porque se salió de la suya propia para hacernos entender a todos que hablaba el esperanto de la poesía. Y quien tenga orejas, que oiga. Como dice el Evangelio.

Boris Leonidovich Pasternak murió de un cáncer al pulmón, y fue enterrado el día 2 de junio de 1960 en Pieredolvkino. Estudiantes y campesinos lo velaron, mientras Sviatoslav Richter ejecutaba en el piano las marchas fúnebres de Chopin y Beethoven. Pero en realidad lo mató un telegrama. Ése que le fue enviado a su dacha por la academia. Ésa que concede los Premios Nobel. (Cuando Boris Pasternak se dio cuenta de que el premio iba en contra de Rusia y no a favor de él, prefirió morir. Con el pretexto del cáncer.)